

Dulce Merce



La luna
y
el sol

Segunda parte



Prólogo

Permanezco quieta en la cama con los ojos cerrados. Hace un rato que he desconectado el móvil y el silencio es lo único que me acompaña esta noche.

La soledad vuelve a gobernar mi vida y me maldigo por darle importancia a eso. Hace tiempo que fui consciente de que todo había quedado atrás. De que se acabó. Entonces, ¿por qué vuelvo al punto de partida? ¿Por qué sigo sintiéndome atada a él? Había cortado ese hilo, lo hice, y sin embargo...

Abro los ojos al sentir una suave brisa que eriza mi piel. Sonrío, incrédula, al mismo tiempo que pienso que me he vuelto loca. Huele a mar, a galán de noche y a tarta de almendras. No puede ser. No es real.

Me incorporo en la cama y miro la ventana por si la hubiera dejado abierta, después observo la puerta.

Nada.

Ambas permanecen cerradas.

Entonces me doy cuenta de que el recuerdo de la arena levitando a mi alrededor en la playa tiene mucho más peso que ese hilo. Un hilo que no tiene razón de ser. Ya no soy esa Lúa que

tenía tanto miedo a enfrentarse a lo desconocido. Soy otra... Soy yo.

Me levanto con cautela, dispuesta a dar los primeros pasos hacia una nueva vida. Y sola.

Me dirijo al salón, abro la ventana de par en par y me apoyo en el alféizar. Una luna enorme que empieza a menguar ilumina el oscuro cielo de Madrid.

«Hola, Luna —saludo, como siempre—. Guíame como a los barcos a la deriva... Que antes de cegarme con la luz del sol tengo que saber desenvolverme en mi oscuridad».

1. Yuhi

Ramón me ha mandado al vestuario a ver si me despejo. Me ha pillado cuatro veces mirando el móvil para comprobar si había algún mensaje nuevo, y está prohibidísimo salir a la nave con cualquier tipo de aparato electrónico que nos distraiga... Siento que he vuelto al colegio y que el profesor de Matemáticas me ha llamado la atención por estar más pendiente de la ventana que de su lección. Suspiro.

Nada. No hay nada nuevo. Releo los mensajes que le he escrito a Lúa desde ayer por la tarde, cuando la dejé en el portal de su casa completamente rota y no supe convencerla para que me dejara ayudarla.

Hola, Lúa.

*¿Te apetece que nos veamos mañana
a la salida del trabajo?*

¿Hola?

*Si lo prefieres puedo ir
a buscarte a casa...*

*Ya sabes que siempre respetaré
tus tiempos, pero creo
que tenemos que hablar.*

Buenas noches, mi Luna.

Debe tener el móvil desconectado, porque ni siquiera le han entrado los mensajes; estoy tan preocupado... Además, me siento fatal por todo lo que tuvo que revivir ayer al ver a ese tipo. Y muy, muy impotente al respecto.

«Mierda...». Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no dejarme llevar por la ira, porque, por primera vez en mi vida, deseé pegar a alguien. Pero pegarle de verdad, no como me pasa a veces con Benito, al que me dan ganas de darle una colleja a ver si espabila.

Tomo aire y lo expulso lentamente.

Tampoco eso me calma. No hay nada, ningún recuerdo de mi abuela, ninguna palabra de consuelo de mi madre, que logre quitarme la sensación de desazón por haber dejado sola a Lúa ayer por la tarde.

Tenía que haber insistido.

Tenía que haberla acompañado hasta arriba y dejar que se desahogara en mis brazos. Consolarla, sujetarla, sostenerla.

Pero no me dejó. Y lo respeté.

En el breve trayecto en metro hasta su casa levantó un muro mucho más alto que el que la protegía la primera vez que la vi. Mucho más fuerte. De repente, me pareció que se había convertido en otra persona.

Necesito verla. Necesito que sepa que estoy a su lado, que puede confiar en mí, pero no sé cómo hacerlo porque no quiero agobiarla ni forzarla a nada.

Siempre he respetado a mi prójimo y no voy a faltar a mis principios precisamente con ella.

—¿Estás mejor? —pregunta Ramón asomando la cabeza por la puerta del vestuario.

Dejo el móvil a un lado y me centro en mi jefe. Qué putada que hoy Mario tenga el turno cambiado, me hubiera venido genial hablar con él para desahogarme.

—No mucho, la verdad. Tengo la cabeza en Babia. Siento haber estado tan distraído —murmuro con la mirada fija en el suelo; arrepentido por mi forma de actuar en el trabajo y dispuesto a aceptar cualquier tipo de castigo.

—Ya veo... ¿Alguna chica? —Escucho cómo avanza hasta mí y se sienta a mi lado—. Qué tontería acabo de decir, esa mirada solo la provocan las mujeres.

Me palmea la rodilla y yo levanto la cabeza como un resorte.

—¡Ramón! —exclamo para llamarle la atención. Mi jefe está demasiado chapado a la antigua y desde que su mujer lo abandonó, hace ya diez años, culpa al género femenino en general de todo lo malo que pasa a su alrededor.

—¡Qué! —contesta con media sonrisa—. Es verdad. Siempre nos tienen pillados por los huevos, hijo.

Se carcajea y yo niego, dejándolo por imposible.

—No me tiene pillado por los huevos, Ramón. Me tiene preocupado, que no es lo mismo —explico volviendo la vista al móvil que descansa silencioso a mi lado, en el banco del vestuario.

Él bufa y yo giro la cabeza de nuevo, lo observo.

—Cuando estaba enamorado hasta las trancas de mi exmujer también ponía esos ojillos de cordero degollado, hacía conmigo lo que quería. Y yo me dejaba, chico... Vaya que si lo hacía.

Deja la mirada perdida y yo me apresuro en aclarar un poco las cosas.

—Lúa no hace conmigo lo que quiere. Los tiempos cambian y... Es complicado, Ramón.

—¡Ellas son las complicadas, chico! Unas más, otras menos, pero ¡todas deberían venir con un libro de instrucciones bajo el brazo!

Ahora soy yo el que bufa y niega al mismo tiempo.

—Cada persona, independientemente del género, es complicada. Todo depende de lo que haya tenido que vivir a lo largo de su vida. Que tú también eres difícil de entender a veces...

Asiente con gesto de guasa y me vuelve a palmear la rodilla antes de levantarse.

—¿Te apetece saltar en el siguiente turno o le digo a Gerardo que te cubra? Hoy puedes aprovechar, que ha venido antes.

—No —niego mientras me pongo en pie para dejar el móvil en la taquilla—. Saltaré, dejaré el móvil aquí y no volveré a distraerme hasta que termine el turno, lo prometo.

—Más te vale. Ya sabes lo que opino de esos aparatitos del mal.

—Lo sé... Lo lamento, Ramón. No volverá a pasar.

Sale del vestuario y me coloco de nuevo el mono de salto, dispuesto a seguir adelante, aunque me cueste. Porque si ayer no me dejó subir con ella a su casa es porque necesitaba ese espacio y voy a respetarlo.

Aunque en el fondo me duela.

Avanzo con decisión hasta el hangar donde me espera el resto del equipo y consigo encerrar, por unas horas, toda la preocupación que siento por Lúa en un apartado de mi mente.

Las risas y los gritos de júbilo de la gente que espera el turno para realizar el salto hacen que encerrar esa preocupación sea más fácil.

2. Lúa

Una mujer que no tenga control sobre su cuerpo, no puede ser una mujer libre.

Margaret Sanger

Cuando suena el primer tono siento como si la garganta se me cerrara. No sé si voy a ser capaz de hablar; cierro los ojos con fuerza tratando de darme energía, ánimos..., yo que sé.

—Gabinete jurídico Alcocer, dígame.

«Vamos, Lúa, tú puedes. Vamos, Lunita...».

—Hola, Silvia... —digo con un ligero temblor en la voz.

—¿Lúa? ¿Eres tú? —pregunta mi compañera al otro lado del teléfono con tono de preocupación.

—Sí..., verás... No podré ir hoy a la oficina. He debido de coger algún virus o algo y me encuentro fatal —consigo decir con voz ronca.

Es la primera vez que miento. Es la primera vez que falto al trabajo voluntariamente. Demasiadas primeras veces en mi vida últimamente, demasiado que gestionar.

—¡Vaya! Pues justo estaba Luis preguntando por ti como un loco, no sé qué pasaba con la demanda que había que presentar el viernes. Te ha estado llamando al móvil, pero lo tienes desconectado.

«Y esa es una de las razones por las que todavía no lo he encendido».

—Sí... Ayer me quedé sin batería y, como no he salido de la cama hasta ahora ni lo he enchufado de nuevo —explico forzando aún más la voz—. Por favor, ¿le puedes decir que no me encuentro bien? Me ha subido la fiebre y voy a volver ahora mismo a la cama.

—Claro, descuida. Yo le aviso.

—Gracias, Silvia.

—De nada, Lúa, cuídate.

Cuelgo el teléfono y me quedo quieta mirando a la nada. Siento una leve opresión en el pecho porque sé que no estoy haciendo bien. Pero hoy no puedo volver allí. ¿Y si Pedro aparece por allí de nuevo con la excusa de ver a Luis? ¿Y si vuelve a hacer que recuerde cada día vivido con él?

No quiero volver a verlo. No quiero.

Doy media vuelta y me dirijo como una autómatas hacia la cama. Tengo que intentar dormir un poco, lo necesito.

Una tregua.

Son más de las doce del mediodía cuando doy por terminada mi infructuosa pretensión de descanso. Entro en la cocina para prepararme un café reparador y esta vez no pongo el reproductor, no quiero saltar ni bailar... ni cantar. No tengo ánimo, pero, por extraño que parezca, no estoy así porque me inunde la pena como otras veces. Qué va. Es que estoy tan cansada... Agotada física y psicológicamente. No he dormido en toda la noche y apenas

he podido pegar ojo desde que he llamado al trabajo. ¡Ha sido imposible!

Y es que, por más que lo he intentado, no he podido parar de pensar en el encontronazo de ayer con Pedro y en lo que me ha removido por dentro. Me ha hecho recordar todo lo que pasé con él, todo lo que viví a su lado, lo que perdí... Y lo que estaba empezando a recuperar.

He tenido miedo, me ha dado pánico volver a pasar por lo mismo. Absurdo, lo sé, pero no he podido evitar pensar en que, en este enamoramiento incipiente que estoy viviendo con Yuhi, podría llegar a dejarme llevar igual que hice en el pasado con Pedro. Vale, lo que siento estando con Yuhi no se puede comparar con aquellos comienzos, esa es una de las cosas que me ha hecho arriesgarme con él. Antes era una niña, una cría que se dejaba engatusar a la mínima, y hoy por hoy soy una mujer hecha y derecha capaz de ver las cosas como son. Lo de Pedro no tiene absolutamente nada que ver con mi relación con Yuhi, pero todavía estoy herida. Lo siento en cada célula de mi piel y eso no es justo para ninguno de nosotros, ni para Yuhi ni para mí.

Aún no he terminado de reencontrarme, de conocerme. Y necesito hacerlo. Necesito ser yo de verdad antes de poder construir algo bonito con Yuhi. Porque si hay otra cosa de lo que estoy segura es de la profundidad de mis sentimientos hacia mi Sol particular.

Miro el café que tengo delante y bebo despacio.

«Tengo que encender el móvil», pienso mientras cierro los ojos y saboreo cada ingrediente que he echado: la leche, la canela y el cacao, y dejo que por un momento mi mente descanse.

No quiero hacerlo aún.

Lo de encender el móvil, digo. No quiero enfrentarme con la realidad tan pronto, y menos cuando seguramente tendré un

montón de llamadas perdidas y mensajes de todos los que me quieren.

Niego con el ceño fruncido mientras dejo el café en la encimera y camino hacia el salón donde ayer lo dejé olvidado.

No quiero saber nada de mi jefe y necesito aclarar con Yuhi algunas cosas. Pero tengo que ver a mis amigas y contarles todo lo que me ha pasado. Además, María y Nadia están pasando por una situación muy complicada y no puedo dejarlas de lado, no puedo permanecer al margen. No me lo perdonaría jamás.

Con manos temblorosas, enciendo el móvil y espero paciente-mente a que entren todas las notificaciones: seis mensajes de Yuhi que hacen que el corazón se salte un latido, diez de Nadia que me hacen suspirar, tres de Azu... Ninguno de María.

Cierro los ojos y tomo aire con fuerza antes de llamarla.

¿Cómo se puede ir a la mierda todo de la noche a la mañana? ¿Por qué tiene que hacer aguas toda mi vida de repente?

Los tonos se suceden uno tras otro, pero mi amiga no me contesta; me aclaro un poco la voz y le grabo un audio en el chat de WhatsApp.

«Hola, María... Sé que necesitas tiempo y que no vas a perdonarme así como así, pero... necesito hablar contigo, es algo urgente. Bueno, en realidad necesito hablar con todas, pero sé que de momento eso es imposible. Hoy no voy a ir a trabajar, estaré todo el día en casa. Llámame cuando puedas. Y si quieres, claro. Te quiero, aunque ahora solo quieras mandarme a freír monas sin billete de vuelta y no te lo creas. Te quiero mucho, Mery».

Lo envío y observo que le llega el mensaje, pero no lo lee. No debe estar conectada, así que salgo del chat y entro en el de Nadia.

No.

No puedo hablar esto con ella por mensaje porque sería de lo más frío y necesito una voz amiga, así que busco su contacto y llamo.

—¿Lúa? —pregunta Nadia nada más contestar, con cierta extrañeza en su tono de voz.

—Hola, nena... —murmuro. Llevo en silencio un buen rato y la voz sale ronca sin necesidad de tener que forzarla como me ha pasado esta mañana.

—¡Uy, qué voz! —exclama, noto su sonrisa y el preludeo de una buena llorera hace que me pique la nariz—. Yuhi te dio cañita, ¿eh? Que no se puede estar dándole tanto al asunto. —Se ríe y cierro los ojos en un burdo intento de aguantarme—. Estuve intentando contactar contigo, pero fue imposible, Lunita...

Según escucho su voz las lágrimas se agolpan en mis ojos y empiezo a sollozar, purgando todo lo que tengo dentro. Necesito descargarme con alguien. No... las necesito a ellas, porque las siento parte de mí.

—Ay, Nadia... —consigo decir entre sollozos, pero no puedo hablar más. Un nudo de congoja me atenaza la garganta.

—¡Eh, eh, eh! —exclama con tono de preocupación—. Lunita, cariño, ¿qué pasa? ¡No me asustes! ¡Yuhi te ha hecho algo!?

—No... —digo enseguida. «Pobre Yuhi».

Se calla, esperando una respuesta por mi parte. Intento coger aire, me cuesta.

—Ayer vi a Pedro —musito.

Un silencio sepulcral invade la línea de teléfono.

—Perdona..., creo que no he escuchado bien, hablas muy bajito y...

Me aclaro la voz de nuevo.

—Has escuchado bien, Nadia. Ayer vi a Pedro.

—Pero... ¿¡cómo!?! ¿¡Por qué!?! ¿¡No se suponía que habías quedado con Yuhi!?! —Creo que no se está dando cuenta de que está levantando el tono de voz y eso lo único que está consiguiendo es que yo lllore más.

—Estaba y apareció... Fue tan raro... Luego yo... —me doy cuenta de que soy incapaz de hablar de una manera coherente. Toda esa incertidumbre y los comederos de tarro que he sentido esta noche los estoy purgando a base de sollozos, un llanto incontrolable que he estado aguantando sin darme cuenta y que necesitaba expulsar lejos de mí. Porque he pensado mucho, muchísimo... pero no me he desahogado nada.

—Joder, joder, joder... No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer, coño! ¿Se puede saber qué te ha hecho? ¡Porque como te haya hecho algo te juro que no va a tener Gran Vía para correr! ¡Ni Retiro! ¡Le corto los huevos, Lúa! ¡Te juro que se los corto y se los hago tragar! —El tono de cabreo de mi amiga me hace bajar un poco la intensidad del llanto—. Bueno, cierro la tienda y voy para allá —dice con una determinación en su voz que me baja de golpe a la realidad.

—¡No! —me apresuro a contestar, porque esta loca es capaz de hacerlo de verdad y venir hasta aquí y tal y como están las cosas con su socia-amiga... paso—. No hace falta, te lo prometo, es solo que eres la primera a la que se lo digo y...

—Júrame que no te hizo nada.

—No me hizo nada, pero... no le hizo falta hacerlo —susurro con pesar, porque ese es el tema fundamental de todo esto que me está pasando por la cabeza, es que su sola presencia fue suficiente para golpear mi determinación con fuerza.

—¿Por qué dices eso, Lunita? —me pregunta bajando la voz. He escuchado la puerta, supongo que habrá entrado alguien en la tienda. Ella está trabajando y yo la estoy entreteniendo. Lleno los pulmones de ese aire que tanto necesito e intento calmarme.

—Luego te lo explico todo, que tienes que atender y no quiero molestar. —Cojo uno de los pañuelos que tengo en la mesita del salón y me sueno con fuerza.

—Ahora en serio. ¿Quieres que cierre antes, te vaya a buscar al trabajo y...?

—No, nena. Hoy no he ido al trabajo, no he podido —contesto antes de empezar a lloriquear de nuevo.

—Ay, Lunita... Me está partiendo el puto corazón escuchar-te así, joder. ¿Por qué no vienes? —ofrece a la desesperada—. Podemos llamar a Azu y a...

Yo niego, aunque ella no me puede ver.

—¿Has sabido algo de ella? —pregunto, porque, aunque esté en plena crisis emocional, o lo que sea esto que me está pasando, mis amigas también me tienen preocupada.

—No sé nada de ella. Lo que me habéis dicho tú y Azu, nada más. —Noto su tono de tristeza y las lágrimas vuelven a acudir a mis ojos.

—Y justo ahora me tiene que pasar esto... No es justo... —murmuro.

—¿Estás con Yuhi? —pregunta de repente. Pongo cara contrita y me muerdo el labio antes de contestarle.

—No. No sé nada de él desde que me acompañó a casa ayer por la tarde.

—Pero... ¿¡Por qué!?! —exclama indignada.

—No puedo, Nadia. No...

—Hostias, Lúa —masculla dispuesta a regañarme, pero se lo debe de pensar mejor porque escucho su suspiro al otro lado del teléfono—. No quiero que pases el día sola, no quiero que te hundas de nuevo.

Me quedo en silencio y pienso en lo que me dice.

—Casi lo hago, ¿sabes? Lo de hundirme de nuevo y regodearme en mi mierda.

—Joder...

—Pero no lo he hecho —sigo diciendo mientras seco mis lágrimas—, y, sinceramente, creo que pensar en todo lo que he vivido

con Yuhi, lo que he experimentado durante estos pocos días con él, ha tenido mucho que ver. Porque si esto mismo me pasa hace un mes, me hunde de verdad, Nadia. Me hunde para siempre.

Y tener la certeza de que hubiera pasado precisamente eso hace que un sollozo vuelva a acudir raudo a mi garganta.

—Vente a la tienda, por favor. ¡Quiero abrazarte!

—No... —respondo con una triste sonrisa mientras vuelvo a sonar los mocos—. Quiero estar en casa y pensar. Tengo tanto en qué pensar...

—Escúchame —suelta de repente. Miedo me da cuando pone ese tono.

—Nadia...

—No. Escúchame. Lo que sea que se te haya pasado por la cabeza desde que viste a ese impresentable, olvídalo. Eres una mujer nueva, Lúa. No tienes nada que ver con la chica que se dejó engatusar hace mil años en la facultad, ¿me oyes? Ya has pasado por eso, ya has salido de allí y nada de lo que te pueda decir ese gilipollas debe hacerte cambiar esa idea. ¿Me explico?

—Sí... —consigo decir entre medias de su discurso.

—Es historia. Ese tío es historia y no quiero que te plantees cosas que no son ni que te imagines tonterías que no vienen a cuento. Que nos conocemos, Lúa. Agua pasada no mueve molino, ¿recuerdas?

Suspiro.

El recuerdo de aquel día, hace ya once meses, cuando me encontraron hecha un ovillo lamentándome por mi vida, y cómo Nadia no paraba de repetir eso mismo, vuelve y me golpea en la mente como si hubiera sido ayer. Todo había pasado ya y yo tenía que seguir adelante a toda costa.

—Lo sé, nena... Lo sé.

—Pues eso —termina por decir, impregnando a su tono de voz toda la seguridad que tiene siempre—. A la hora de comer

me paso por tu casa, voy a avisar a Azu, a ver si puede venirse ella también. Llevo una pizza de La Tagliatella, ¿ni se te ocurra ponerte a guisar!

Y sin poder remediarlo, una sonrisa asoma por primera vez en mi cara en toda la mañana.

—No lo haré, descuida. No tengo fuerzas ni para parpadear hoy.

—Tengo ganas de verte, Lunita. Cuídate. ¿Vale?

—Lo haré.

—¿Me prometes que no pensarás gilipolleces?

—Lo intentaré. —La oigo suspirar y me vuelve a hacer sonreír.

—¡Prométemelo!

—Te lo prometo —digo transmitiendo la media sonrisa que ha brotado en mi tono de voz.

—Hasta luego, Lúa.

—Hasta luego...

Cuelgo y me arrebujó en el sofá, a pesar de estar en mayo hoy hace frío o quizá lo tengo yo. Me tapo con la manta que siempre tengo en el respaldo y miro hacia la ventana del salón. Está bastante nublado y por un momento pienso que es una clara señal de mi estado de ánimo. Acabo de echar al Sol de mi vida y así es como el karma me lo está haciendo pagar.

«Por favor, basta...», me reprendo al darme cuenta de mis pensamientos negativos.

Cojo de nuevo el teléfono dispuesta a llamar a mi tía, pero no tiene el móvil conectado, porque salta directamente el buzón de voz. Lo más probable es que esté en la compañía de danza trabajando, así que le mando un mensaje para que me avise cuando esté disponible, porque necesito hablar con ella urgentemente.

Cierro los ojos y me los tapo con la mano libre.

«Estás retrasando lo inevitable...». Me froto la cara con energía para espabilarme y vuelvo a entrar en los chats de What-

sApp en busca de los mensajes de Yuhi. Pienso por un momento en llamarlo, pero ahora mismo tiene que estar en el trabajo y allí no dejan tener los móviles. De todas formas, tengo que contestarle, porque todo esto no es nada justo para él.

Sé que ayer quiso consolarme y no dejé que lo hiciera. Sé que he impuesto una distancia entre los dos que él no quiere y me respeta. Porque siempre lo ha hecho, porque eso es lo que siempre me ha transmitido, un profundo respeto hacia mis pensamientos, hacia mis tiempos... Pero ¿cómo le explico que volvieran un montón de dudas que creía olvidadas? ¿Cómo puedo hacerle entender que necesito tiempo para terminar de curarme del todo antes de comenzar algo con él? Porque eso es un hecho, Yuhi merece tener una relación con alguien completo y yo, ahora mismo, no lo estoy.

Quiero empezar algo serio con Yuhi. Quiero seguir compartiendo tiempo con él, conociéndolo y que él me conozca a mí. Quiero tener una relación normal con un chico y que nada ni nadie nos haga sombra... Lo que no quiero es romperme cada vez que me encuentre a Pedro por la calle, o que me paralice cualquier gesto de Yuhi o sentirme insegura en determinados momentos.

Pero ¿cómo lo hago? ¿Por dónde empiezo?

«Por el principio... y siendo fiel a lo que piensas». Como siga escuchando a mi voz interior hablar voy a acabar en el psiquiátrico.

No lo pienso más. Abro el chat y me dispongo a contestar sus mensajes. Madre mía... Seis mensajes ni más ni menos.

Yuhi

Hola, Lúa,

*¿Te apetece que nos veamos mañana
a la salida del trabajo?*

¿Hola?

*Si lo prefieres puedo ir
a buscarte a casa...*

*Ya sabes que siempre respetaré
tus tiempos, pero creo
que tenemos que hablar.*

Buenas noches, mi Luna.

Hola, Yuhi.

*Primero, perdón por no contestar
antes. Necesitaba desconectar un poco.
El caso es que necesito pensar, Yu.*

*Mañana te llamo, ¿vale?
Perdóname. No sé gestionar todo
esto que me está pasando.*

<3

No sé si lo que estoy haciendo será o no lo correcto, si Yuhi esta vez volverá a respetar mis tiempos o se acabará hartando de mí, pero... ahora no puedo pensar en esto.

Dejo el móvil en la mesa que tengo enfrente del sofá. Y camino hacia el balcón, con la manta sobre los hombros. La ciudad se mueve rápido ahí abajo, y yo me obligo a frenar y a mirarlo todo bien: el señor que está paseando al perro, la señora con un carro de la compra, un chico corriendo en pantalón corto, un grupo de chicas con carpetas. Me siento rara sin tener que ir a trabajar. Frunzo el ceño al darme cuenta de que Luis no me ha llamado ni una vez. Ni me ha mandado un mensaje ni nada. Se sentirá culpable, el muy...

Cierro los ojos y niego.

¿Cómo he sido tan estúpida? ¿Cómo no lo vi venir? ¿Tan inmersa estaba en mi mundo de luz y de color como para no darme cuenta de que Luis seguía teniendo contacto con Pedro y le podía contar cualquier cosa?

Apuesto mi mano derecha a que le fue con el cuento de que había cambiado. Seguro que le dijo que me vio con Yuhi aquel día y por eso ha pasado lo que ha pasado.

Pfff... No quiero ir de nuevo a la oficina. Pensar en la posibilidad real de no volver por allí hace que se me acelere el pulso.

No quiero tener que verle la cara de nuevo ni quiero estar con alguien, trabajando codo con codo, y pensando que me puede traicionar en cualquier momento.

Pero ¿qué hago?

Si dejo ese trabajo... ¿de qué voy a vivir? ¿A qué me voy a dedicar? Abro el balcón, me coloco mejor la manta que tengo sobre los hombros y me apoyo en la barandilla. Inspiro el ambiente húmedo y me dejo llevar por la tristeza que acompaña a esos nubarrones negros.

¿Cómo voy a empezar nada si todavía no sé ni qué hacer, si todavía no sé ni quién soy?

A pesar del ruido del tráfico me parece oír el timbre de la puerta. Estiro la cabeza hacia ella, prestando atención, y lo vuelvo a escuchar.

Sep. Es mi casa.

Entro, cierro el balcón y me dirijo hacia la entrada. Por un momento se me pasa por la cabeza que Nadia ha dejado la tienda sola y se ha venido corriendo hasta aquí, pero no le hubiera dado tiempo a llegar tan rápido.

Me asomo a la mirilla e inmediatamente después abro de par en par.

Es María.